

# ¿Para qué elegir presidente?

## apuntes sobre la apatía electoral

Por Felipe Burbano de Lara \*

Las campañas electorales son concebidas como el momento que se otorga a la política democrática para recuperar los espacios perdidos en la sociedad. Si en sus tiempos normales, la política democrática tiende a encerrarse sobre sí misma –sobre sus reglas y compromisos, sus luchas y conflictos– en tiempos electorales se ve forzada a salir del ostracismo para volver a conectarse con la sociedad. Se trata de un ejercicio de legitimación creado por el mismo juego democrático. De acuerdo con este procedimiento, cada cierto tiempo, en plazos fijos y preestablecidos, la política tiene que relegitimarse en el lugar donde se encuentra la fuente de toda soberanía: el individuo y sus derechos.

Los analistas políticos han expresado de distintas maneras su sorpresa frente al actual momento electoral del país: en procesos anteriores, a menos de tres meses de las elecciones, los escenarios se mostraban bastante mejor definidos que ahora: se conocían los candidatos presidenciales y sus binomios, los nombres de quienes encabezarían las listas de diputados y las tendencias generales del comportamiento de los votantes. En medio de las interrogantes que abre toda campaña electoral, algunas certezas se tenían en el horizonte. En esta ocasión, el panorama luce completamente distinto (de allí la extrañeza de los ana-

listas). Las candidaturas presidenciales no se han definido totalmente –cuando escribo este artículo ni el Partido Social Cristiano –PSC– ni el Partido Roldosista Ecuatoriano –PRE–, los dos grandes partidos de la Costa, saben quién será su candidato a la presidencia-, los binomios siguen en suspenso, las listas para diputados todavía no se han confeccionado, y más del 70% de la población no sabe por quien votará en octubre. No es sólo el Mundial el que ha retrasado y trastocado el calendario político-electoral; es el mismo juego de la política el que se ha vuelto más complejo e incierto.

La complejidad de la política no se explica solamente por sus *intrínsecos* propios, de por sí bastante obscenos, sino por las crecientes dificultades de los actores políticos para reestablecer sus vínculos con la sociedad; para relegitimarse a sí mismos a través del proceso electoral. No sólo la política se ha distanciado de la sociedad, sino que la misma sociedad ha tomado creciente distancia con respecto a la política; se trata de un vacío, un agujero negro, que se alimenta en un juego de doble vía. En principio, estos movimientos de alejamiento entre política y sociedad no deberían llamar exageradamente la atención; expresan la condición misma del juego de representación política en la democracia. La representación, en efecto, presupone una no-identificación plena entre política y sociedad, asume como normal el movimiento de aproximación y distanciamiento. La razón de semejante presupuesto es bastante compren-

---

\* Profesor investigador de FLACSO-Ecuador

sible: una identificación plena entre los dos niveles implicaría la posibilidad de que la política pudiera, en algún momento dado, absorber todo el movimiento de la sociedad (el sueño de todo totalitarismo). Dentro de los movimientos de ida y vuelta, de atracción y rechazo, las elecciones representan –y el caso del Ecuador no ha sido una excepción en todos estos años– el momento del reencuentro, de la renovación y relegitimación de sus vínculos. Las elecciones son un juego de seducción, un guiño del ojo político a los ciudadanos para convocarlos al redil de su discurso y horizonte.

El aspecto novedoso del proceso actual –aquél que tanto sorprende a los analistas– podría expresarse de la siguiente manera: los ciudadanos no responden al juego de seducción de la política como lo habían hecho en procesos anteriores; han proclamado, de un modo más o menos explícito, una suerte de indiferencia frente a la política. El vacío que se vive en el campo electoral manifiesta justamente la dificultad de los partidos para armar estrategias, sugerir nombres, presentar ofertas que despierten el interés y resulten seductoras para los votantes. El fenómeno ha sido registrado desde hace algún tiempo por las encuestas de opinión pública, en los siguientes términos: la situación personal y familiar de los ecuatorianos es por lo general considerada de un modo más optimista que la del país. El país aparece siempre como una ‘caja de Pandora’, un lugar de incertidumbre, a diferencia de la vida privada y familiar, donde se registra algún tipo de certeza (para bien o para mal). Los contrastes entre las percepciones del país y las vidas familiar y personal sólo son explicables a partir de algún fenómeno que ensombrezca el futuro del país, pero del cual las familias y los individuos puedan, hasta un cierto punto, escapar. Ese fenómeno es, sin duda, la política. Las encuestas muestran de modo incontrastable la bajísima identificación de la mayoría de los ecuatorianos (alrededor del 80%) con alguno de los partidos o alguna de las tendencias políticas del país. La distancia frente a la política no distingue es-

trato socioeconómico, edad, sexo o ciudad. El momento en que los encuestados se representan el país, les asalta una visión pesimista marcada por la imagen negativa que tienen de la política. Como escenario político, el Ecuador genera incertidumbre, diluye perspectivas, a tal punto que las familias y las personas parecen haberse recluso en su ámbito privado, vivir –si cabe la expresión– de espaldas a la política, y enfrentar su propia suerte independientemente de lo que hagan o dejen de hacer el gobierno y los partidos.<sup>1</sup>

### Una imagen parcial, sin embargo...

Ahora bien, esta imagen de la política no deja de ser parcial y hasta engañosa si se la analiza desde la perspectiva local. Queremos plantear aquí que la imagen negativa que proyecta la política es representativa, sobre todo, cuando es pensada desde el espacio de la nación y el Estado. Dicha imagen expresa la creciente dificultad para encontrar imágenes po-

1 El optimismo frente a la vida personal y familiar encuentra diferencias importantes según edad, posición socioeconómica, ciudad, y sexo; está fuertemente concentrado en los estratos con ingresos superiores a los 300 dólares mensuales. Las encuestas son muy claras al respecto: mientras más alto es el ingreso, mayor el optimismo hacia el futuro. La crisis de la política afecta a los más pobres dejándolos expuestos enteramente a su condición actual de pobreza, sin opción de cambio alguna. Por edad, los más optimistas son los ciudadanos/as de entre 18 y 29 años; decae entre los de 30 y 49 años, y es mucho menor –con diferencias notables– en los mayores de 50 años. Por último, los quiteños/quiteñas –especialmente jóvenes– aparecen como bastante más esperanzados frente al futuro que sus pares guayaquileños. Si se establece el perfil de los extremos de optimismo y pesimismo, se tiene que el segmento de la población más optimista es el de los hombres quiteños, de entre 18 y 29 años, con ingresos mayores a 300 dólares mensuales. En el extremo opuesto se encuentran las mujeres guayaquileñas de más de 50 años y con un nivel de ingreso menor a los 100 dólares mensuales. El *continuum* entre los dos polos varía de acuerdo a la combinación de los siguientes factores: edad (mientras más jóvenes más optimistas); ciudad (los quiteños se sienten más esperanzados que los guayaquileños); nivel de ingreso (el pesimismo se apodera entre quienes ganan menos de 300 dólares) y sexo (las mujeres son ligeramente más pesimistas que los hombres). (Ver Boletín *Vox Populi*, FLACSO-Ecuador, noviembre, 2001.)

sitivas e integradoras de la nación y el Estado; cada vez más, esas dos dimensiones constructivas de la política se muestran como el escenario de una trama de conflictos más o menos constante, donde se diluye la vieja idea de un proyecto integrador, aglutinante de todos los ecuatorianos. Sin embargo, y esto parece ser lo importante, la misma imagen de la política no se proyecta desde los espacios locales, o al menos hay síntomas claros de mayor legitimidad en esas esferas. Una mirada de la política desde el ámbito local muestra otros rasgos y potencialidades. En primer lugar, la legitimidad de ciertos liderazgos. La reelección de muchos alcaldes va de la mano de una evaluación positiva de sus gestiones. En segundo lugar, se encuentran todos los procesos de formación identitaria alrededor de lo local, fuertemente conectados con el campo político. Esos liderazgos e identidades varían en sus características; expresan la diversidad del país, y en la medida que logran articularse, encuentran vías de legitimación. Podríamos afirmar que así como la suerte de las familias no siempre coincide con la de la política, tampoco la suerte de las ciudades coincide con la del Estado.<sup>2</sup>

La explicación a este fenómeno se encuentra en una profunda redefinición de las relaciones entre lo local y lo nacional; es un proceso que se registra con profundidad desde los años 90 y de forma paralela a la crisis del Estado central. El nuevo contexto modifica las relaciones de lo local y lo nacional establecidas a partir de lo que se ha denominado el modelo “estadocéntrico”; bajo este modelo, lo nacional-estatal tendía a subordinar lo local, a absorberlo en su propio movimiento de constitución. En el caso ecuatoriano, la absorción se dio desde la ideología modernizante de los años 60 y 70, para la cual el Estado

constituía el principal agente de cambio y reforma estructural (un agente que siempre se miró, de la mano de los militares y la tecnocracia, por encima de las elites locales, identificadas -sobre todo por el discurso del nacionalismo revolucionario- con el arcaísmo de un modelo oligárquico y terrateniente). El escenario actual es completamente distinto. La crisis del Estado -acumulada en la última década-, unida a la expansión del mercado como nuevo escenario de la economía, ha producido un desplazamiento de la política a los espacios locales. La crisis del Estado habría que entenderla como la ausencia de una instancia centralizada con la fuerza suficiente para absorber en su propio movimiento las diversidades locales. El Estado ha perdido capacidad para incorporar a todos los espacios locales en un determinado movimiento de integración nacional. El momento político actual expresa la ausencia de una forma de construcción de la integración nacional a través de la acción absorbente del Estado. Frente a la imagen de unidad y de sentido que proyectaba el Estado -la modernización fue el gran referente de los años 70, mientras la democracia el de los años 80- nos encontramos ahora con un territorio asaltado por las diversidades locales. Habría que caracterizar la debilidad del Estado al menos desde tres dimensiones: a) ausencia de una narrativa nacional donde los distintos espacios locales puedan homogenizar sus lenguajes y encontrar un sentido de compromiso; b) ausencia de un espacio de negociación clientelar para el reparto de la riqueza nacional,<sup>3</sup> y c) pérdida de soberanía del Estado para articular políticas que respondan de un modo más directo a los movimientos y demandas de los actores nacionales.<sup>4</sup>

2 El caso paradigmático puede constituir Guayaquil: esta ciudad ha recuperado su optimismo, ha fortalecido sus liderazgos locales, y su identidad, al mismo tiempo que la crisis del Estado se ha ido ahondando. Guayaquil muestra hasta qué punto los resultados de la política local pueden ser evaluados casi independientemente de los resultados de la política nacional.

3 La crisis fiscal más o menos permanente de los últimos 15 años ha llevado a los sucesivos gobiernos a poner en marcha políticas de austeridad en el gasto público. Cada vez hay menos recursos que repartir; el ejercicio político del reparto de la riqueza estatal se ha vuelto más conflictivo y difícil de negociar. La dolarización, con sus estrictos imperativos de equilibrio fiscal, agudiza aún más el problema.

---

El desplazamiento de la política a los espacios locales, en medio de la gran debilidad del Estado, plantea nuevos desafíos pluralistas a la convivencia nacional. El Ecuador de comienzos de milenio -para decirlo en un tono con ecos apocalípticos- ya no sólo tiene que lidiar con la presencia de 15 partidos, sino con toda la diversidad de lógicas -políticas, sociales, culturales- que emanan desde los espacios locales y regionales. Toda esa diversidad de lógicas, expresadas en novedosos procesos de formación identitaria, es irreductible a una lógica estatal integradora y totalizadora. Tampoco los partidos están en condiciones de reducir la complejidad de los espacios locales. Considerado desde su lógica identitaria, el proceso entraña al menos dos dimensiones: a) la primera, la anulación de un juego discursivo, narrativo y político, que permita a esas identidades locales dar paso a la formación de una identidad secundaria <sup>5</sup>; esto es, a una narrativa con la capacidad de inscribir las identidades locales, fuertemente ancladas en los contextos más inmediatos de la vida social y cultural, en un campo identitario más abstracto (la nación, la modernización). La globalización es quizá la única narrativa que pudiera producir ese efecto, pero su despliegue provoca de manera simultánea, el movimiento inverso. La política se encuentra anclada en las identidades locales sin encontrar las vías para desprenderse de sus contextos más inmediatos de formación.<sup>6</sup> Algunos autores ven en este bloqueo una suerte de retorno a un momento premoderno, puesto que desaparece un campo abstracto, imaginario y totalizador de construcción de la política, gracias al cual se lograba integrar las identidades particulares

en narrativas más amplias. La política moderna se caracterizó justamente por la construcción de referentes políticos universales, integradores -la nación, la ciudadanía, el Estado, el individuo, los derechos universales- donde los particularismos encontraban la posibilidad de redefinirse: todos podían llegar a ser individuos más allá de los contextos particulares en los que se encontraban; todos podían llegar a ser ciudadanos independientemente de la pertenencia de clase. La crisis de la política moderna expresa la debilidad de todos estos conceptos universalizantes para redefinir (inscribir en su movimiento) las lógicas particulares. En este punto, se condensa el debate planteado por las corrientes postmodernas; éstas siempre han argumentado que el proceso de construcción de movimientos políticos con pretensiones totalizadoras suponía la eliminación o la supresión de las identidades locales, de aquello que se diferenciaba del sujeto que encarnaba lo universal. En esos movimientos totalizadores, acompañados de alguna narrativa histórica,

---

El desplazamiento de la política a los espacios locales, en medio de la gran debilidad del Estado, plantea nuevos desafíos a la convivencia nacional. El Ecuador de comienzos de milenio tiene que lidiar con la presencia de 15 partidos y con la diversidad de lógicas que emanan desde los espacios locales y regionales



---

4 Hay una doble pérdida de soberanía: hacia dentro, frente a lo local; y hacia fuera, frente a la globalización. El principal interventor externo ha sido, sin duda, el FMI. No hay programa económico que pueda armarse y legitimarse sin su visto bueno.

5 Sobre el concepto de identificación secundaria ver Slavoj Žižek, 1998, "Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional", en Slavoj Žižek y Frederic Jameson, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires.

6 Aquí veo el drama de los quiteños frente al alcalde Paco Moncayo, por ejemplo. Moncayo no ha hecho una buena gestión, pero las críticas en su contra expresan más bien el traslado de las angustias políticas desde el Estado hacia el gobierno de la ciudad. Un ejemplo claro se ve en el tema de la seguridad: los quiteños responsabilizan al Municipio de un problema que atañe al Estado. En Guayaquil, el movimiento sigue un camino distinto. Allí la idea de lo local siempre ha tenido una vocación por afirmar su autonomía frente al Estado. Desvanecido el Estado, la política guayaquileña parece haber caído en su escenario natural: la comunidad local.

las identidades locales perdían toda capacidad expresiva.

### El dilema de la representación

El anclaje de la política en lo local ha ido acompañado, como es fácil imaginar, de un cuestionamiento al modelo de la democracia representativa y a una cierta convicción de que la relegitimación de la democracia vendrá más bien de un modelo participativo. La democracia se afirma bajo esta perspectiva, en la participación y en los espacios locales, más que en la posibilidad de un modelo de representación desde donde emerja un proyecto de identidad integradora. Este otro desplazamiento -de lo representativo a lo participativo- también contribuye a obstaculizar el movimiento de construcción de identidades secundarias. El rechazo al modelo de representación tendría que entenderse justamente como un cuestionamiento a la posibilidad de admitir un espacio donde cualquier identidad puede modificarse, dejar de ser. La representación entraña la posibilidad de “ser otro” respecto de “sí mismo”, y simultáneamente la probabilidad de encontrarse con la presencia “del otro” y reconocerla, admitirla. Pero se vive una situación diferente. Los espacios locales resisten a la posibilidad de enajenar su propia soberanía en aras de un proyecto de dimensión más totalizadora. Desde las identidades locales, la posibilidad de una representación de lo nacional, por ejemplo, se mira como una anulación de la identidad primaria, básica, inalienable. El desplazamiento de la política a lo local entraña la creación de un actor -la comunidad local- que siente haber conquistado un territorio, un espacio propio de autodeterminación, donde adquiere sentido y significación la vida social y política, donde se gana un cierto horizonte de futuro. Podríamos decir, parafraseando a Rousseau, que desde lo local toda cesión de soberanía -eso entraña el juego de la representación democrática- significa una pérdida de autonomía y libertad. El Estado es visto, por eso

mismo, con creciente desconfianza; ya no como lugar simbólico de representación de la comunidad nacional, sino como lugar de unas formas de opresión (muy claro en el discurso descentralizador y autonomista). La política se quiere ejercer desde el particularismo de lo local y de modo directo. La gran pregunta, para la cual no hay una respuesta clara, es cómo hacer política en un escenario donde lo local ya no puede ser absorbido por el movimiento de construcción de lo nacional, donde el Estado ha perdido soberanía. Por allí cojea todo el discurso del proyecto nacional y las posibilidades de los partidos de volver a ser actores con una mayor capacidad integradora. La debilidad de un campo de representación que permita sacar a la política de los particularismos locales, significa, en realidad, la afirmación de una serie de fronteras internas que hace más compleja la idea de un proyecto de identidad compartida. La inserción en el espacio de la política nacional pasa, con enorme fuerza, por la mediación de las identidades locales. Nadie está dispuesto, en el Ecuador contemporáneo, a renunciar a una identidad local en aras de un proyecto que luce ambiguo y confuso.

Toda la reflexión anterior puede llevar a formular otra pregunta con el propósito de conectar con el tema de la apatía electoral: en un contexto de esta naturaleza, ¿tiene algún sentido la elección presidencial? ¿Se puede esperar algo de la elección? ¿Existe alguna posibilidad de modificar el juego de la política? ¿Estará en condiciones quien salga electo de renovar, aunque sea de modo temporal, un proyecto de integración nacional? ¿Hay razones para aceptar y entrar al juego de seducción electoral? Lo más probable es que no, que la nueva elección profundice aún más el particularismo de la política ecuatoriana. Si en alguna imagen se ha expresado la habitual fragmentación de la política nacional, esa imagen ha sido la del Presidente de la República. ¿Cuál es el espacio que le queda al Presidente de la República si las incorporaciones políticas al espacio nacional pasan necesariamente por la afirmación de lo local? La ima-

---

gen presidencial se consume en la multiplicación de las lógicas locales y dispersas.

La distancia que ha puesto la ciudadanía frente a la política es sobre todo una constatación de los límites que entraña, en el momento actual, cualquier candidatura presidencial más allá de sus posibilidades reales de triunfar. Triunfar, ¿para qué? Existe un escepticismo frente a lo que vendrá, a los dramas que deberá enfrentar cualquier nuevo gobernante, a la convicción de que en el Ecuador nadie cede espacio. Los escenarios electorales cada vez simulan más el espectro, la sombra, del Parlamento ecuatoriano. A esa fragmentación propia de los partidos en el Congreso Nacional, que se expresa en la permanente dificultad de formar alianzas y mayorías estables, se suma ahora el desplazamiento de la política a lo local. Hoy los partidos encarnan un doble localismo: el del campo ideológico-simbólico, cuya trayectoria se remonta al retorno mismo de la democracia, por un lado; y al localismo territorial, más reciente, y que se remite al desmoronamiento de un proyecto estatal integrador. Al mismo tiempo, por razones difíciles de explicar, los liderazgos partidistas han vuelto -si alguna vez intentaron irse- a las manos de los mismos personajes que han conducido el proceso político ecuatoriano desde el retorno a la democracia: Borja, Hurtado, Febres Cordero, Bucaram. A estos líderes partidistas les ha salido al frente un candidato -Álvaro Noboa- que está lejos de entender el juego de la política nacional, pero percibe claramente el cansancio y aburrimiento de la población frente a los partidos. La apuesta de Noboa es poder traducir en votos -lo que no ha ocurrido hasta ahora en el Ecuador, a diferencia de países como Perú y Venezuela- el malestar ciudadano hacia los partidos. Noboa quiere romper el monopolio ejercido por los partidos en los últimos 20 años. Es probable que ello ocurra. Si se analiza lo sucedido en los procesos electorales de los últimos 20 años, se podría afirmar que el único espacio posible para las aventuras no partidistas es la Presidencia de la República, no así el Parlamento donde los partidos han

logrado una votación constante y sorprendente.<sup>7</sup> Mientras la victoria de los ex presidentes reeditaría la lógica del juego político de todos estos años de vida democrática, un triunfo de Noboa implicaría tener un presidente sin ningún apoyo parlamentario, lo cual conduciría el juego del sistema político a la pugna de poderes, pero por vías más peligrosas.

De este modo, el contexto político ecuatoriano no puede ser más paradójico: todos los cambios experimentados en los últimos años no encuentran lenguajes políticos donde expresarse y procesarse. No hay un lenguaje capaz de procesar esta multiplicación de visiones. El lenguaje de los ex presidentes está atado a un modelo de funcionamiento de la política que deja de lado los nuevos contextos. En su lenguaje, el país aparece desde los problemas, pero nunca desde todos sus actores. El lenguaje político tradicional separa actores y problemas, en un sueño imaginario que presupone el dominio total de la política por parte del Presidente de la República, cosa cada vez más distante de la realidad. Los presidentes luchan para ganar las elecciones, pero luego no saben cómo gobernar. Es una historia bastante conocida y repetitiva como para que pueda volver a entusiasmar a los votantes ecuatorianos.

---

7 Felipe Burbano de Lara y Michel Rowland, 1998, *Pugna de poderes: Presidencialismo y partidos políticos en el Ecuador: 1975-1997*. Quito: Konrad Adenauer, CORDES, Cooperación Española.